
Nietzsche y el deconstruccionismo

Anamari Gomís

Una parte de la teoría literaria contemporánea se acerca al deconstruccionismo como a una fuente de energía innovadora. La teoría y la crítica posestructuralistas nacieron en Europa. En el caso del deconstruccionismo, en Francia, a raíz de los provocativos y difíciles escritos del filósofo argelino Jacques Derrida. De allí, la academia norteamericana ha acogido con especial interés esta escuela, que en la Universidad de Yale vivió a principios de los ochenta sus mejores momentos, gracias a las figuras de Paul De Man, de Geoffrey Hartman y, en alguna medida, de Harold Bloom.

No voy a detenerme en una explicación de lo que es el deconstruccionismo, cosa que sería una empresa por demás desatinada. Básteme decir que, en lo personal, a mí me ha permitido iniciar una lectura distinta de los textos literarios y que me ha descubierto, no pocas veces, si no el discurso, sí las huellas de la alteridad (y aquí recorro a Foucault), es decir, la que presupone en mi investigación a la mujer. Me refiero a la mujer ausente-presente de ciertos libros en los que la tradición del amor cortés (hablo en concreto del *Orlando Furioso*, de *Gargantúa y Pantagruel* y del *Quijote*, libros sobre los que he trabajado desde hace algún tiempo) pretendió una imagen esplendente de nosotras, petrarquista y poética, pero cuya verdadera impronta es su contrario.

Como ustedes saben, Nietzsche ha tenido que ver mucho en las propuestas deconstruccionistas, gracias a su análisis de lo causal como una metonimia, un mero tropo. Para el filósofo, que ahora convive con una gran cantidad de autores posteriores a él, lo más relevante no es la causa, sino el efecto, en tanto que es el efecto lo que nos conduce a la causa. Esto, que nos permite realizar una operación tropológica, reordena, en el campo del estudio literario, secuencias narrativas. Por ejemplo, Cervantes hace mofa evidente de la verdadera hembra que encarna a Dulcinea. Dulcinea resulta, pues, una causa paródica. El efecto, sin embargo, puede vislumbrarse, no a lo largo del *Quijote*, sino en un capítulo en especial: "El viaje a la Cueva de Montesinos", símil del reino de Hades, en el que el personaje principal, obtenido desde luego de las novelas de caballerías, es una *deconstrucción* de la heroína como mujer. Me refiero a Belerma, que lleva entre las manos el corazón necrosado de su amante Durandarte. En la cueva, el mundo quijotesco de la tensión realidad-

ficción se cancela, y se produce entonces un pasaje extraordinario, en el que Belerma no posee más referente que su ser ficcional, sujeto a la lectura que, en última instancia, hace Cervantes de la mujer. Belerma resulta, entonces, un carácter físicamente deslucido, desagradable, con el rostro marcado, acaso, por los efectos de la menstruación.

No quiero adelantarme, sino evitarme el intrincamiento en la obra de Nietzsche, incrustada hoy por hoy en el discurso deconstruccionista, entre otros afanes teóricos. Mi intención radica en un tema que creo que tanto Derrida, como Foucault, incluso como Heidegger, han tomado a instancias de Nietzsche: el de romper la barrera entre literatura y filosofía. Derrida, por ejemplo, emplea genialmente un discurso híbrido que hermana lo residual del lenguaje filosófico, lo metafórico, aun inevitable en la disertación más lógica, más concreta, con aquello de corte filosófico incluido en una textualidad meramente literaria. Heidegger, por su lado, parece prescindir de la lumbre de lo filosófico en sus últimos escritos. Y Foucault, con su aparente tono científico (que a veces resulta una parodia del propio lenguaje de la ciencia), pergeña formas literarias, desde símiles hasta citas de poetas y narradores.

Después de todo, y no quisiera ni por asomo meterme en camisa de once varas, el problema del *ser* como tiempo es un asunto inherente a la producción literaria, aunque sin disquisiciones fenomenológicas, desde el inicio de la escritura; lo mismo sucede con el enfrentamiento entre la mismidad y lo "otro", y ocurre que, en general, la literatura, por ser un discurso de innatas oposiciones, jerarquiza hábilmente una de ellas, como nos revela Bajtin en su extraordinaria lectura de Rabelais y de la literatura del Renacimiento.

Hay otro elemento que casa con la teoría literaria posestructuralista y que podríamos nombrar, basándonos en Nietzsche, *dionisiaco*. No se trata, de ninguna manera, de pensar en una aproximación de índole irracional, o, si prefieren, orgiástica. Pienso que los procedimientos de Paul De Man, de Derrida, son absolutamente apolíneos, y a veces de una precisión retórica casi inaguantable (sobre todo Derrida). Sin embargo, en los trabajos de estos pensadores la lógica no pocas veces falla, y es entonces cuando parecen penetrar con mayor resonancia en ciertos aspectos. Me refiero a una separación de cualquier articulación clara del entendimiento. Lo mismo que el Nietzsche que los influye, y espero no incurrir en equivocaciones, los deconstruccionistas, por ejemplo, reconocen que las cosas no poseen una constitución en sí mismas que no sea la propia subjetividad del que las interpreta.

Derrida, pues, lo mismo que Nietzsche, se rebela contra la imposible búsqueda socrática de la verdad. El rechazo a-la-cosa-en-sí kantiana, esto es, a la distinción kantiana entre el mundo nouménico y el fenoménico, reviste todo el tra-

16

Anamari Gomís. Maestra en Letras. Profesora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Se especializa en literatura comparada. Autora, entre otros textos, de *A pocos pasos del camino*. Coordinadora del Centro de Apoyo a la Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras.

bajo de Nietzsche, para quien: “no hay realmente hechos definidos, todo está en constante flujo de manera elusiva e incomprensible” (*Will to power*). En definitiva, no existe la verdad. Derrida se enfrenta al logocentrismo y ofrece, en cambio, una estrategia filosófica, una operación retórica, como sugería Nietzsche, una sustitución de la causa por el efecto para poner en entredicho cualquier verdad. La idea es lograr un desplazamiento significativo. De acuerdo con Derrida, la verdad, en última instancia, es tan sólo una traza, una pausa que no remite a nada.

No quiero aventurarme en la evidente relación entre Derrida, Nietzsche y, aún más, entre ellos dos y Foucault, Heidegger y, finalmente, Hegel. No soy filósofa. Por lo pronto, me abocaré, en mi parcial lectura de la obra de Nietzsche, a algunos aspectos que han permeado las propuestas en general del deconstruccionismo y particularmente de mi trabajo crítico.

Junto con Nietzsche, uno puede llamar a cualquier cosa *ilusión*, o, a partir del estructuralismo, *discurso* o *texto*. He *ahí*, en los parajes de Sierra Morena, el mundo ilusorio del *Quijote* y de sus personajes tristes y bucólicos. Es decir, he *ahí* texto. Hay *acá*, eso sí, una lectura y finalmente una estética de la ilusión (que es la del que el lector avezado echa mano). No hay verdad, pues. Mientras el estructuralista recurre al modelo coherente de la lingüística para producir *gramáticas* que expliquen el texto literario, el posestructuralista investiga la manera en que una empresa describible se subvierte o se cancela, bajo el peso de los propios textos. Como en Nietzsche, no hay Dios, ni tampoco gramática. El mundo es ancho y asistemático. Los estructuralistas creían, como Sócrates, en la posibilidad del conocimiento; los posestructuralistas sólo creen en la imposibilidad del conocimiento.

En *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche anuncia que el mundo que nos concierne es una mera ilusión. El trabajo crítico literario lo ejemplifica más o menos. En un seminario de esta Facultad, que lidia con la teoría literaria y con lo que podríamos llamar *lectura de mujeres*, nos hemos dispuesto a *leer*, entre varias profesoras de distintas disciplinas, una misma cosa: las cartas amorosas de Antonieta Rivas Mercado. El asunto nos resulta fascinante desde muy temprano: hemos creado una o, si ustedes prefieren, varias ficciones. Por un lado, hemos entresacado el discurso amoroso de la Rivas Mercado. Lo hemos *ficcionalizado*, pues, aunque ninguna de nosotras admita de lleno que, en definitiva, nuestros empeños no son más que ilusión (me quedo con lo ficcional, que nos aleja más de Schopenhauer, pero nos acerca más al *quid* de la literatura). Nuestra idea estriba en provocar la deconstrucción de la relación epistolar (sólo conocemos un lado) entre Antonieta y el pintor Rodríguez Lozano. La vieja estilística no estaría de acuerdo con nosotras. Nuestra crítica es una invención que no recurre a la verdad,

sino a la proliferación significativa de un discurso determinado. Por fortuna, siguiendo el carácter *abierto* del posestructuralismo, nos valemos también de otros pensadores, incluso del mismísimo Jacques Lacan, quien, en contraste con Derrida, está convencido de que, más allá de las complejidades e incertidumbres de un texto, se anida la promesa de la verdad, de la verdad del sujeto, que es, en definitiva, la verdad más profunda y la culpable, desde luego enmascarada, de todas las ficciones: la del deseo. Que me disculpen Derrida y el mismísimo Nietzsche, pero volver a Platón nos conduce a otras muchas lecturas que, junto con Freud y con Lacan, nos colman de circunstancias, aun de las más inverosímiles (cosa nada extraña si se piensa que la literatura es, justamente, lo inverosímil —el deseo— hecho realidad, desde *Las mil y una noches*, la *Divina comedia* o el *Ulises* de Joyce).

Pero no quiero hablar del problema de la verdad. No es, de ninguna manera, mi tarea. La literatura, por fortuna, no la recoge ni como productora de significados ni de significantes. ¿Qué verdad puede haber en un poema de Jorge Cuesta o en *La tierra baldía* de Eliot?

Mi filiación crítico-literaria con Nietzsche descansa en su idea de la deconstrucción retórica, cuya operación permite en literatura precisamente la formación del discurso y, al final, del relato. Es el efecto lo que conduce a producir una causa, sea o no cierta, es decir, lo que crea las fuerzas discursivas. En el caso de *Edipo, rey*, como apunta Jonathan Culler en su *The Pursuit of Signs*, no existe evidencia de la criminalidad de Edipo, pero las fuerzas discursivas lo vuelven culpable.

Mi asistemático acercamiento a Nietzsche me lleva ahora a otra de sus operaciones deconstruccionistas, la de desmitologizar para remitificar. Creo que en esto consisten las epifanías, en la dotación de nuevos significados, de renacimientos, aunque para Nietzsche esto, como todo lo demás, no sea más que una ilusión. En este renglón, claro, el crítico deconstruccionista de hoy no es sino un mero lector, pero no así el creador (no olvidemos que a Nietzsche lo que más le subyuga de la estética es la noción de *poiesis* y que él se consideraba a sí mismo artista-filósofo). Como les decía, el creador *per se* precisa revitalizar los mitos. Un caso excepcional en los últimos tiempos dentro del panorama de la literatura escrita en español es Sergio Pitlor. Ignoro si este novelista tiene vínculos con el filósofo alemán, pero su juego mítico en *Domar a la divina garza* retorna a la remitificación de lo previamente desmitificado: lo sagrado convertido en lo primario, la muerte transformada en un festín de la fertilidad. Pero esto ya es harina de otro costal y yo sólo he querido exponer, perdón por lo dilatada, mi lectura de algunos pocos aspectos de la obra de Nietzsche, lectura que ha mediado en ocasiones (pero no siempre) el deconstruccionismo literario. ■